

OPINIÓN

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

DERECHOS DE PROPIEDAD

¿En qué se parecen la FIFA y el gobierno?

- ALFREDO BULLARD -
Abogado

Años atrás, en el curso de Análisis Económico del Derecho en una maestría, pregunté en un examen qué puede hacer el derecho para resolver el problema de violencia de las barras bravas en el fútbol. La mayoría de alumnos sugirieron aumentar los costos a quienes generan dicha violencia mediante indemnizaciones o aplicación de sanciones penales.

Pero un alumno (el que se sacó 20) dio una respuesta diferente. El alumno se llamaba Enrique Gherzi. Su respuesta se convertiría luego en un popular artículo académico ("Barras bravas: Teoría económica y fútbol").

Enrique sugirió que el problema de la violencia de las barras bravas era generado por la falta de derechos de propiedad en el fútbol. Los equipos suelen ser organizaciones asociativas sin verdaderos dueños. Al no haber dueño, los dirigentes se comportan más como integrantes de organizaciones políticas que como empresarios. No tienen límites. En lugar de preocuparse de las ganancias de la organización, se preocupan de acumular poder.

Así fomentan organizaciones criminales (barras bravas) que, a pesar de que espantan a los espectadores de los estadios, protegen su statu quo. Un empresario no fomenta violencia en su compañía, pues espantaría a los consumidores que van a sus tiendas si una banda de salvajes les lanzara piedras.

La teoría de Gherzi parecería confirmarse en la realidad. Los clubes que se han privatizado como empresas de manera exitosa en el mundo han dejado de experimentar los problemas tan serios de las barras bravas.

Y sin duda el organismo mundial que organiza el fútbol (la FIFA) tam-

poco tiene dueños. Es controlada por burócratas que no son propietarios del negocio. Al no existir 'accountability' no rinden cuentas a nadie y solo ven cómo sacar provecho personal de lo que no es suyo.

En ese contexto, el destape de los niveles espeluznantes de corrupción en la FIFA no debería sorprender a nadie. Si en lugar de preguntar por las razones de la violencia en el fútbol hubiera preguntado hoy en un examen sobre las razones de la corrupción en la FIFA, Enrique Gherzi me hubiera dado una respuesta muy parecida: esa corrupción aparece por la falta de derechos de propiedad.

Como dice el dicho, "el ojo del

ORGANIZACIONES PÚBLICAS
Quien no es propietario
tratará los beneficios como
propios pero los costos como
ajenos.



amo engorda al caballo". Si le entrego a guardar el caballo a alguien distinto, tendrá incentivos para sobreexplotarlo, no lo cuidará, le robará la comida y quizás dejará que enferme y muera. Y es

que la propiedad tiene el mérito de que el dueño soporte los costos y beneficios generados por el bien. Por ello tendrá incentivos a un uso razonable y eficiente. Lo mismo no pasa con el que no es propietario, que tratará los beneficios como propios pero los costos como ajenos. Si el dueño vende lo que es suyo se llama compraventa. Si el ajeno vende lo que no es suyo se llama corrupción.

Pero en estos días no solo el archipoderoso presidente de la FIFA y sus compinches ocupan titulares por cargos de corrupción: Alan García, Alejandro Toledo y hasta Ollanta Humala y Nadine Heredia lo acompañan. Y el presidente anterior, Alberto Fujimori, está preso, entre

otras razones, por el uso ilegal de fondos públicos.

¿En qué se parecen los políticos a los dirigentes de la FIFA? La razón de la corrupción que los rodea es la misma: la falta de derechos de propiedad. Como en la FIFA, nuestros gobernantes usan los recursos de todos como si fueran propios. Se agarran los beneficios y no les importan que suban los costos a la entidad. Mientras que los de la FIFA cobran cupos por otorgar sedes mundialistas, los políticos cobran cupos por entregar licitaciones o liberar narcotraficantes.

Por supuesto que también hay corrupción en las empresas privadas, pero en ellas el propietario tiene todos los incentivos de perseguir al que le roba y crear mecanismos de control que lo protejan. En el Estado eso no existe. Esa es una de las razones por las que cuando uno privatiza el manejo es más eficiente: el propietario se encarga de su caballo.



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

MIRADA DE FONDO

Hay que diferir con el Papa

- IAN VÁSQUEZ -
Instituto Cato

Estamos condenados a la humanidad y el planeta a la ruina si no tomamos medidas radicales de alcance global?

El papa Francisco piensa que sí. "El estilo de vida actual, por ser insostenible, solo puede terminar en catástrofes", dice en su nueva encíclica sobre el cuidado al ambiente. Según el pontífice, hay que disminuir el consumo y detener el "crecimiento voraz" que perjudica a la ecología y en particular a los pobres del mundo.

Al emitir la encíclica, el Papa se une a una larga tradición pesimista sobre el destino del hombre. Fue hace más de 200 años—cuando alrededor de mil millones de personas habitaban el mundo—que el reverendo Malthus argumentó que las hambrunas y las enfermedades limitarían el crecimiento de la población, pues la economía no daba para más gente. Desde entonces, no han dejado de aparecer predicciones catastróficas.

A mediados del siglo XIX, el prominente economista William Stan-

ley Jevons acertó la "imposibilidad" de que el progreso continuara por mucho más tiempo debido al agotamiento del carbón. En los años 60 del siglo XX, el influyente biólogo Paul Ehrlich predijo que cientos de millones de personas morirían de hambruna en la próxima década. En los años 70, el Club de Roma publicó su reporte sobre los límites al crecimiento que predicía un agotamiento completo de los más importantes recursos naturales dentro de 30 años y una catástrofe consecuente.

Por supuesto, ni esas ni otras predicciones pesimistas se han materializado. Al contrario, la humanidad está viviendo los mejores tiempos de su historia. Las mejoras en todo el rango de indicadores de bienestar humano—expectativa de vida, acceso a agua potable, salud, mortalidad infantil, etc.—han sido impresionantes, especialmente en las últimas tres décadas en los países en desarrollo. La brecha entre los ricos y los pobres del mundo, en términos de ingreso y de



estándar de vida, se está cerrando. Desde 1960 la población mundial ha aumentado de 3 mil millones de personas a 7,2 mil millones, a la vez que el ingreso per cápita promedio subió en 160%. Los precios de la mayoría de las commodities han caído—lo que indica que son relativamente más abundantes—y los del resto han aumentado a un ritmo inferior al de los ingresos.

Detrás de este progreso inédito humano ha estado el avance del mercado alrededor del mundo, y el crecimiento económico y desarrollo tecnológico que este trae. Pero la encíclica del Papa es justamente una crítica al libre mercado que ignora o minimiza la rapidez y escala del progreso humano. El Papa se equivoca también al acertar, como tantos que le precedieron, que nos espera la catástrofe si no implementamos un cambio fundamental que les da todavía más poder a la clase política y las burocracias internacionales. No hay razón alguna por qué prestarle más credibilidad a este argumento

actualizado que a los anteriores.

Lo novedoso es que el alarmismo de hoy se hace en el contexto del cambio climático, al que se le atribuye un sinnúmero de daños alrededor del mundo que serán mayores en un futuro. Pero es una cosa reconocer la realidad del calentamiento global causado por el hombre y es otra cosa proponer políticas para enfrentarlo. Y allí está el debate. Lo que propone el Papa—limitar el crecimiento económico y reducir el papel del mercado—afectaría a los pobres más que a nadie y reduciría los recursos e incentivos para cuidar el ambiente (son los países ricos los que mejor han podido cuidar su ecología). Felizmente, la encíclica invita a "un debate honesto", cosa que el padre Robert Sirico—quien tilda buena parte del documento de "imprudente"—y otros en la Iglesia ya empezaron. Aprovecho para hacer una predicción no alarmista: en vez de aceptar las recomendaciones del Papa, el mundo seguirá enriqueciéndose y así adaptándose con mayor facilidad al cambio climático.

RINCÓN DEL AUTOR

Choque de valores

CARLOS MELÉNDEZ
Politólogo

La apatía y la decepción con la política son características notorias en la sociedad peruana. La informalidad (en sus dimensiones laboral, económica y legal) ha penetrado la sociedad de tal modo que ha roto cualquier posibilidad de ilusión entre los proyectos individuales y los sueños colectivos. El individualismo se expande en su peor versión: la "promesa neoliberal" también aplicó para el "narco de a pie". Sin embargo, en medio de ese páramo de desmovilización, emergen iniciativas que buscan impulsar reivindicaciones ciudadanas que podrían escaparse al simplismo clasista que caracterizó la política contenciosa del siglo XX. No voy a exagerar al denominarlas una "ola republicana", pero sí mencionar algunos ejemplos que ameritan un análisis.

Veamos: mujeres presionan al Legislativo a despenalizar el aborto en casos de violación, homosexuales exigen unión civil como contrato que consagre sus derechos a formar una familia, estudiantes universitarios de Arquitectura y afines salen a las calles a exigir planificación urbana para evitar mayor caos metropolitano. No se trata de masivos movimientos sociales, sino de redes de activistas dispuestos a convertir sus 'issues' en políticas públicas. Aunque ninguno (todavía) haya alcanzado sus objetivos (lo que veo difícil en el corto plazo), han posicionado en el debate público sus reivindicaciones a pesar de la gran oposición que aún encuentran.

De hecho, diría que somos testigos de un choque de valores: los pro-elección versus los pro-vida; los liberales versus los conservadores; los institucionalistas versus los "roba pero hace obra". Los primeros en estos días son minoría, prácticamente saliendo de la marginalidad; los segundos están enraizados, tanto entre la plebe como entre las élites. Son, entonces, pugnas desiguales que se escapan al corsé clasista; son pugnas posmateriales en un país del siglo pasado. ¿Cómo nivelar un poco la balanza a favor de quienes retan el "establishment de los valores" de una sociedad cínica, conformista y encarcelada entre sus propios fantasmas coloniales?

En primer lugar, los activistas liberales—intuyo—tienen una interpretación parcial de la sociedad. El nivel de ingreso y los cambios generacionales no se comportan como manda la teoría anglosajona en estas hermosas tierras del sol. Los grupos más jóvenes pueden ser más liberales en términos de unión civil, pero son significativamente más conservadores respecto al aborto. (Parece que la cultura parroquial de barrio ha hecho lo suyo al respecto). El nivel de ingreso es más importante, en cambio, para los temas relacionados con los derechos de las mujeres que para el reconocimiento civil de la homosexualidad. Sin embargo, las élites económicas suelen ser más arbitrarias y más fieles al "tú no sabes con quién estás hablando", así que por lo tanto son menos institucionalistas.

El desafío para los activistas, por lo tanto, reside en empatar sus discursos posmateriales con una realidad informal y subdesarrollada. Finalmente, el común denominador de la marginalidad (económica, social y política) contribuye a enfrentar no solo el "establishment de la economía", sino también el de los valores. Quizás no haya un espacio para un "outsider" económico, pero paulatinamente se va abriendo margen uno de tipo "valórico". De otro modo, son los políticos tradicionales como Alan García y Pedro Pablo Kuczynski quienes terminan capitalizando estos "nuevos issues", según reflejan las encuestas.

HABLA CULTA

- MARTHA HILDEBRANDT -

Hasta el cien. Esta curiosa locución adverbial—al parecer exclusiva de nuestra lengua culta familiar—expresa una mala condición extrema en cualquier aspecto: salud, dinero, desgracias, amoríos, borrachera, entre otros. La construcción de la expresión es anómala, debido a que lleva la apócope adjetiva *cien* en lugar del esperable sustantivo *ciento*. Véase este ejemplo de Mario Vargas Llosa en *¿Quién mató a Palomino Molero?:* "Babeaba, hasta el cien de borracho" (Barcelona 1986, p. 60).

El Comercio

Director General: FRANCISCO MIRÓ QUESADA C.

Director Periodístico: FERNANDO BERCKEMEYER OLACHEA

Directores fundadores: Manuel Amunátegui [1839-1875] y Alejandro Villota [1839-1861]
Directores: Luis Carranza [1875-1898] - José Antonio Miró Quesada [1875-1905]
- Antonio Miró Quesada de la Guerra [1905-1935] - Aurelio Miró Quesada de la Guerra [1935-1950]
- Luis Miró Quesada de la Guerra [1935-1974] - Oscar Miró Quesada de la Guerra [1980-1981]
- Aurelio Miró Quesada Sosa [1980-1998] - Alejandro Miró Quesada Garland [1980-2011]
- Alejandro Miró Quesada Cisneros [1999-2008] - Francisco Miró Quesada Rada [2008-2013]
- Fritz Du Bois Freund [2013-2014]